



De la plaza Echaurren a Las Torpederas

Resumen: Parte en el barrio puerto y sigue el sinuoso borde costero, donde amables lobos marinos se asoman entre hermosos roqueríos. Gran parte de la etapa sigue un viaje por explanadas que eran el gran paseo del antaño. Llama la atención el hermoso ascensor Villaseca.

Tiempo Estimado de Recorrido: 2 horas.

Cómo Llegar: Tome una micro o un trolley y baje frente a la Plaza Echaurren.

Grado de Dificultad: Medio

Infraestructura Turística: Muchas “picadas” en la zona de la plaza Echaurren. A medio andar se encuentra la caleta El Membrillo. Para los que les gustan el mantel largo, está el Restaurán El Castillo.

La Plaza Echaurren

Esta plaza lleva este nombre en recuerdo de don Francisco Echaurren (1824-1909) que fue intendente de Valparaíso entre 1870 y 1876, logrando grandes adelantos para la ciudad.

Algunos creen que a la ciudad de Valparaíso se la conoce como “Pancho” en recuerdo de don “Pancho” Echaurren.

Entre sus obras de mejoramiento para la ciudad se cuentan la

remodelación de plazas y parques, el embellecimiento de Valparaíso a través de numerosas estatuas que mandó a realizar de personajes notables ligados a la ciudad, como Lord Cochrane y Blanco Encalada, el impulso de la vivienda en los cerros, especialmente en los cerros Alegre y Concepción. Era un hombre estricto y temido. Ayudó a los pobres y vigiló la higiene de la ciudad, instalando las llamadas “Chaurrinas”, que eran los servicios higiénicos públicos.

La plaza ha sufrido sucesivas transformaciones. Era un centro de paseo elegante en el siglo XIX con sus naranjos, palmeras y rosas. Con el lento declinar del barrio, se convirtió en centro de borrachos, ya que está circundada por cantinas, bares, marisquerías y restaurantes baratos. Fue el centro de la bohemia porteña por muchas décadas. Actualmente tiene una fuente y algunos bancos para sentarse.

Las tiendas que rodean la plaza tienen gran encanto, pero lamentablemente las más tradicionales han desaparecido, como la Botica del Doctor Knopp que era célebre por sus frascos de porcelana y sus estanterías impecables, conservadas intactas como en los tiempos antiguos. No obstante, rodean a la plaza Echaurren vetustos edificios de cierta nobleza arquitectónica, en su mayoría de dos pisos.

Edificio Astoreca

Justo hacia el lado del mar, entre Clave y San Martín, hay un notable edificio pintado de azul que fue construido en el año 1907 por el arquitecto Dazarolla por encargo de la familia Astoreca que provenía de las riquezas salitreras. El edificio de estilo neoclásico francés tiene un hermoso frontis que mira a la plaza. Su interior denota grandeza pasada, con sus escalinatas de mármol. Tiene pisos, marcos y pasamanos de pino oregón. También amplios patios de luz. Inicialmente era un edificio para albergar familias importantes en amplios departamentos de siete y ocho habitaciones. En la actualidad, está subarrendado por piezas, siendo lamentable su estado de conservación.

La Bandera Azul

En la esquina de San Martín y Cochrane encontramos el tradicional establecimiento comercial La Bandera Azul que se ha especializado en cristalería, menaje y vajilla. Conviene visitarlo por el amplio surtido y sus económicos precios.

El mercado

Avanzando por Cochrane encontramos el mercado, que conviene visitar para conocer el ambiente festivo con sus cocinerías. Tiene escalinatas de cemento que suben hasta el segundo piso donde hay restaurantes de comida barata. Las dependientas o camareros salen al paso de los clientes, invitándolos a pasar: “¿Almuercito, caballero?” “¿Almuercito, dama?”. Los pequeños restaurantes o “pensiones” ofrecen empanaditas de mariscos, ostiones, piures, locos, machas, caldillo de congrio y cebiche de merluza. En las veredas que circundan el mercado se instalan vendedores ambulantes.



Calle Cochrane

La calle Cochrane en este sector avanza en medio de restaurantes, hoteles y bares portuarios.

Enseguida se llega hasta la Plaza de la Aduana, con una excelente vista al ascensor Artillería y a las casas del cerro.

La Aduana

Enfrente está la plazuela Aduana —antiguamente plaza Wheelright— donde se encuentra el edificio de la Aduana, construido en 1855 y considerado uno de los más característicos de la ciudad, a tal punto que en 1976 fue declarado Monumento Nacional.

La obra, de estilo colonial americano tardío, se debe al arquitecto norteamericano, natural de New York, John Brown Duffin, quien llegó a Valparaíso junto a otros norteamericanos e ingleses en la primera mitad del siglo XIX atraído por la intensa actividad económica de la ciudad.

A su muerte, en 1877, John Brown dejó una cuantiosa fortuna que heredó a la ciudad con fines filantrópicos. Su viuda, Isabel Caces, y sus hijos también siguieron este espíritu filantrópico del padre ayudando a diferentes instituciones de beneficencia de Valparaíso. El notable edificio de gran jerarquía arquitectónica ha resistido el paso del tiempo, sobreviviendo a terremotos y cataclismos. Su diseño, no obstante, es muy simple y de armónicas proporciones. Tiene tres puertas de acceso con pilastras y arcos de medio punto. Su interior está lujosamente alhajado, destacando un amplio hall de distribución y ricas escaleras de madera que suben al segundo piso. Los elementos decorativos son también dignos de considerar, entre ellos, una caja fuerte empotrada de curioso diseño fechada en 1854 y un antiquísimo reloj de dos esferas.

Como muchos de los edificios notables del Puerto, la Aduana fue levantada en un terreno que se le ganó al mar. Hoy día, pintada de color rosa viejo, concita el interés no sólo de visitantes, sino también de arquitectos que quedan asombrados ante la calidad de una obra arquitectónica pensada para durar toda la vida.



Ascensor Villaseca

Desde la Aduana continuamos el paseo por la calle Antonio Varas que bordea viejos almacenes portuarios.

Enfrente encontraremos el ascensor Villaseca que data del año 1907. Su recorrido es notable porque pasa por encima de la subida

Taqueadero, teniendo una hermosa vista al puerto y a los edificios de la aduana. Se ven las grúas y el movimiento portuario. Abajo, en una

curva, bajo los viejos edificios de la Armada, se instala desde hace años un señalizador o banderero, oficio espontáneo de un habitante de Valparaíso que hace señas con sus banderas a los automovilistas que bajan por allí, indicando si viene o no un automóvil en sentido contrario, ya que la bajada es muy pronunciada y no hay allí señalizaciones.

El ascensor desemboca en la calle Pedro León Gallo en su parte alta.



Calle Argomedo

Saliendo del ascensor, se baja un poco hasta la calle Argomedo, entrando por ella para apreciar casas antiguas muy típicas de Playa Ancha. Hay portones de madera y casas con ventanas de barrotes. En el número 264 hay una interesante construcción muy vieja, toda en madera.

Mirador de Necochea

Al final de la calle Argomedo hay un curioso mirador en la calle Necochea que asoma a una porción de mar, con la vista magnífica hacia la costa. Si el día está despejado, como si no lo está, la vista desde esta balaustrada resulta espléndida y atrayente, en medio de la frondosidad de añosos eucaliptus. La casa que hay allí en la calle Necochea es muy curiosa, con unas máscaras de ojos pintados.

Calle Errázuriz Echaurren

En Necochea hay que doblar por Errázuriz Echaurren (1896-1901), que lleva este nombre en recuerdo del Presidente de Chile entre los años 1896 y 1901, fecha del auge de Valparaíso, antes del terremoto. Este Presidente, hijo del Presidente





Federico Errázuriz Zañartu (1825-1877), falleció en Valparaíso en 1901, antes de cumplir con su mandato, debiendo delegar sus funciones.

La calle es magnífica con soberbias casonas de madera en un estilo propio de Playa Ancha, con palmeras y enredaderas de flor de la pluma. Tienen grandes antejardines, porches y escalinatas de mármol. Hay algunas muy deterioradas, pero otras revelan cuidado de parte de sus dueños.

Bajada Errázuriz

Siguiendo por Errázuriz Echaurren encontramos la calle Federico Errázuriz, nombre del Presidente que gobernó Chile entre 1871 y 1876. En esta calle están las casas más singulares del sector, conocidas por sus característicos tejados de “sombrosos de bruja”.

Si nos aventuramos a bajar por la calle Federico Errázuriz Zañartu, encontraremos casonas de semejantes características, algunas muy deterioradas de aire misterioso. Están engalanadas con palmeras, jazmines y bugambilias que le prestan un aire antiguo y decadente.

En el número 544 de esta calle, encontramos una casa interesante con preciosa escalinata y mampara de vidrios empavonados. El interior de estas casonas es imponente. Aunque están muy deterioradas por el paso del tiempo y necesitan urgente remozamiento, reflejan el buen gusto de la época en todos sus detalles arquitectónicos: cristales biselados, escaleras, balaustradas, espejos, vidrios esmerilados. Al fondo de la calle hay un mirador y una escalinata que baja a la playa San Mateo entre palmeras.

Bajada Waddington

En la esquina de Federico Errázuriz encontramos una casa interesante que corresponde al número 284-290 de la calle Waddington. Es también una casona de la misma época, 1910, correspondiente al estilo arquitectónico de Playa Ancha con su torrecilla del tercer piso y su fachada armónica llena de ventanas. Su primer propietario fue William R. Goldrick. Los apellidos de los primeros propietarios nos permiten imaginar el estilo cosmopolita de un barrio que mezcla las costumbres de ingleses, españoles, alemanes, norteamericanos y noruegos.

Bajando por Waddington encontramos una casa muy curiosa en el número 361 con rejas. Las casas de más abajo son de dos pisos con veredas sobre el nivel de la acera. También hay casas interesantes en los pasajes interiores que siguen el mismo estilo arquitectónico.

Restorán El Castillo

Bajando por Waddington encontramos un antiguo restorán llamado El Castillo, de gran renombre en el viejo Valparaíso, aunque sin el prestigio de otros tiempos. La vista desde allí es magnífica sobre la bahía, encima de la avenida Altamirano. El restorán tiene grandes terrazas, amplios salones y jardines con árboles viejos. Se puede apreciar la arquitectura de las casas en bajada en la calle Waddington.

Calle Guillermo Lawrence

Pasando la puerta principal del restorán El Castillo, encontramos un estrecho pasaje. Hay que cruzar a través de él para llegar a la calle Guillermo Lawrence, característica de Playa Ancha, con casas típicamente porteñas de este barrio. Hay allí un mirador que asoma a la bahía con una atractiva vista.

Escalinata Lawrence

Junto al mirador, la escalinata Lawrence nos conduce en tramos zigzagueantes a la conocida caleta El Membrillo.

Caleta El Membrillo

Lamentablemente, malas iniciativas convirtieron esta entrañable caleta de pescadores en un estacionamiento de autos, eliminando los botes, redes, aparejos e interesante movimiento de pescadores en sus faenas. La playa fue pavimentada y en el lugar donde reventaban las olas, se construyó un muro de contención, afeando el sector que constituía un polo de atracción turístico del Puerto.

En el sector hay restoranes de mariscos que perdieron atractivo al encementarse la playa.

Paseo Rubén Darío

Caminando por la avenida Altamirano, bordeamos el paseo Rubén Darío que rinde recuerdo al poeta nicaragüense que estuvo dos años en Valparaíso y publicó aquí su libro "Azul", en el año 1888. El paseo, que está a los pies de Playa Ancha bajo los edificios de la Escuela Naval, fue hermoso en otro tiempo, con grandes árboles, pimientos, palmeras y pitosporos. Tiene algunas estatuas interesantes, como una que representa a la República sentada en su trono mirando el mar. Estaba situada en el Parque

Caleta El





de Playa Ancha, pero después del terremoto de 1906 fue trasladada a este lugar. Esta estatua estaba situada en un obelisco de ladrillo que derribó el terremoto. Era tan famosa en aquel paraje que todos la conocían como “la República de Playa Ancha”, denominación que al parecer origina el nombre de este popular sector porteño.

Caminando por el paseo, vemos rincones sombríos, escalinatas misteriosas pintadas de blanco, escaños para sentarse muy propios del estilo decorativo de los años 20. Todo en un ambiente romántico y decadente.

Avenida Altamirano

Esta avenida lleva este nombre en recuerdo del intendente de Valparaíso don Eulogio Altamirano que contribuyó mucho al progreso y hermooseamiento de la ciudad. Entre sus obras se cuenta la construcción del Teatro Nacional en la plaza O’Higgins en 1881, que lamentablemente destruyó el terremoto de 1906.

Por esta avenida circularon desde 1907 los tranvías que llevaban a los porteños a pasear al Parque de Playa Ancha. En 1910 se inició la remodelación del camino de tierra con muros de contención, escalinatas para bajar a la playa y la característica baranda de cemento pintada de blanco que bordea toda la costa. En 1929 se pavimentó el sector hasta Las Torpederas, convirtiéndose en paseo de moda entre los porteños. Hoy día es un recorrido muy popular y también el último de los muertos caminos al cementerio Número 3 de Playa Ancha.

Playa Carvallo

La avenida Altamirano pasa por la playa Carvallo. Hay aquí una ligera subida a Playa Ancha donde encontramos la plazoleta Carvallo, que es un verdadero eco de esos años con escaños de cemento pintados de blanco en estilo Art Decó.

Tiene añosos eucaliptos y pinos achaparrados por el característico viento de Playa Ancha. Hoy día sorprenden las bandadas de loros trichahue que hacen nidos en los árboles. Son nidos de grandes dimensiones de donde salen volando los pichones. Esta clase de loros de plumaje verde intenso, en vías de extinción, ha aparecido sorpresivamente en este sector de Playa Ancha, recomendándose su protección.

La plazoleta sencilla y recoleta, data del año 1929, fecha de pavimentación de la avenida Altamirano. Tiene una estatua recordatoria a don Leopoldo Carvallo cuya placa dice: “Estos jardines han sido donados a la ciudad por don Leopoldo Carvallo. Ciudadanos: Imitad su ejemplo.”



Las Torpederas